

# LOS CRONISTAS DE "LA VOZ"

## Éfemérides al vuelo

### El rey Felipe III en Guipúzcoa

30 de Octubre de 1615. - El "amor" del rey por sus

"leales vasallos" los guipuzcoanos.-Recibimiento de éstos.-El rey contra los Fueros vascongados.

"Dios, que me ha dado tantos reinos, me ha negado un hijo capaz de regirlos. Temo que me lo gobierne."

FELIPE II

I.

Aunque Felipe III no heredó de su padre ninguna cualidad viril, tuvo en cambio, la necesaria suspicacia y la marrullería suficiente para, por buenas ó malas artes, extender sus dominios por el mundo. De ahí que pensara en casar á su pequeña primogénita Ana con el pequeño primogénito de Enrique IV de Francia, Luis XIII y en casar, también, á la pequeña hija del citado Enrique IV con el pequeño hijo de Felipe III, es decir, Felipe IV. Quedarían así, ambas monarquías—la de España y la de Francia—unidas y enlazadas por un doble matrimonio entre parientes. ¡Vean ustedes si iba ó no lejos la suspicacia real!

Pero á nuestro monarca se le ofrecía un grave inconveniente: la oposición que hacía á esos proyectos Enrique IV, el calvinista, rey, además, bastante más grande que Felipe III. Este no renunció por ello á sus propósitos y dicen que, procediendo con su habitual suspicacia, alentó, auspició ó inspiró el atentado criminal de Francisco Ravallac, que costó la vida á Enrique IV. Despachado éste para el otro mundo, Felipe III no halló inconveniente en la reina de Francia, María de Médicis, viuda del rey villanamente asesinado. Muy pronto ambos reyes, el de España y la de Francia, arreglaron los papeles. El casamiento de las dos infantas con los dos infantes se celebró, simultáneamente, el 18 de Octubre de 1615, en Burgos y en Burdeos, mientras los cuatro infantes, ajenos por su edad—apenas tenían cinco años—jugaban en Palacio á las "canicas" ó á la "chiva". En sus manos iba á quedar, muy pronto, el panderero del mundo, ó, por lo menos, de una gran parte del mundo. Así es como los monarcas obran casi siempre con sus leales vasallos...

Acordóse entre Felipe III y la de Médicis, hacer la entrega de las infantas respectivas el 11 Noviembre de 1615, en el río Bidasoa y con tal motivo vióse la muy noble y muy leal provincia de Guipúzcoa en trance de recibir la augusta visita de Felipe III, de su hija Ana y de una gran comitiva de aristócratas y palaciegos.

Entraron unos y otros en Guipúzcoa por la villa de Salinas, el 30 de Octubre del citado año, y allí hemos de dejarlos hasta pasar revista fagazmente á los antecedentes de la real visita y ante cuyos antecedentes no sabe uno qué admirar más: si la frescura del rey ó la ingenuidad de los guipuzcoanos. A la vista de los hechos puede decirse de éstos que formaban "il popolo paciente é bastonato", que subrayaba "L'Asino", de Roma.

Había pensado el rey Felipe III en rodear su vida del mayor esplendor posible. Para ello, pudo traerse de Castilla gente armada y pagarse él los gastos de la ceremonia; pero prefirió cargar con todo á esta Provincia que, ni corta ni perezosa, acudió á la demanda del rey con celeridad inusitada.

A penas tuvo noticia de la visita de aquel al Bidasoa, la provincia se preparó por resolución adoptada en la Junta General de Elgoibar—4 de Marzo de 1615—á adoptar las mejores medidas tendien-

tes á satisfacer los regio deseos. Leyóse en dicha Junta una memoria enviada por la Secretaría de Estado, indicando los lugares por donde había de pasar la comitiva del rey y "ordenádoles que estuvieran prontas las provisiones y caballerías necesarias".

Reunida la Provincia en Junta Particular en Vidania, designa los diputados que han de representarla en la recepción, faculta al corregidor Juan de Larrea y Zurbarán para que mueva a las villas y Alcaldías para armar la gente de guerra y nombra coronel de las fuerzas al duque de Ciudad Real, conde de Aramayona, hijo de esta provincia y a la sazón virrey de Navarra. Todo esto comunicó la Provincia a la Secretaría de Estado, mientras se disponían a armar dos mil hombres. Contestó el rey a la Provincia. ¿Agradeciéndole su interés? No, señores.

—Reparad—le ordenó en carta de 25 de Agosto—el paso de los caminos y calzadas, de manera que puedan pasar los coches y carros sin impedimento alguno." No debían parar ahí las exigencias del rey. El 8 de Septiembre envía a la Provincia una orden:

—Sabéis—decía en ella—que nuestros vecinos los franceses tratan de acudir al acto con autoridad y prevención, y es justo que vosotros, "mis fieles vasallos", siguiendo vuestra costumbre, prevenáis y pongáis la gente de guerra de esa Provincia en el mayor número posible, armada, vestida y puesta en buen orden para asistir a las entregas de las infantas. Espero que en esta expedición os aventajaréis a las "pasadas..." (Textual.)

Que ya con esto el rey demostró que no le faltaban bastantes 2.000 hombres, y para que sus deseos fueran bien comprendidos, pocos días después recibió la Provincia una "insinuación" de Palacio—así reza la Historia—para que, en lugar de reunir 2.000 hombres reuniese 4.000... Y agrega la "insinuación":

—Que sea gente bien vestida, con sus plumas y cadenas de oro, ó bandas rojas, degas y arcabuces y, siendo posible, no usando vestidos negros, sino de mezcla."

Sus leales vasallos, los guipuzcoanos, aceptan la "insinuación" y arman en un santiamén, visten y calzan, 4.273 hombres, que al fin alcanzaron a cerea de 4.500.

No había de conformarse con tantos hombres el vanidoso rey. Aún había de recibir la Provincia una carta de su secretario, el guipuzcoano Bartolomé Amaya y Villanueva, "estimándola" a que armase... ¡seis mil hombres!

La Provincia hizo oídos de mercader a la "insinuación" de su coterráneo, quizá porque entonces, como hoy, "nadie es profeta en su tierra".

He aquí, por vía informativa, la gente

que se armó en Guipúzcoa, según el contingente de villas y Alcaldías:

San Sebastián	500
Irún	300
Fuenterrabía	250
Oyarzun	250
Léniz	160
Azpeitia	160
Azeoitia	160
Rentería	100
Aya	100
Abaleisqueta	100
Berástegui	100
Vergara	120
Ataun	60
Hernani	120
Guetaria	60
Urdieta	80
Mondragón	60
Cestona	63
Andoain	30
Villabona	6
Amasa	20
Tolosa	300
Alzaga	8
Eibar	30
Segura	70
Zarauz	30
Motrico	60
Placencia	30
Alegria	32
Alza	12
Regil	46
Asteasu	50
Astigarraga	45
Usurbil	60
Orio	85
Zumaya	40
Deva	60

El resto, hasta 4.500, los dieron 'las demás villas y Alcaldías, hombres "todos los armados de espadas, dagas, arcabuces, mosquetes, picas, corchetes y adornados con vestidos y bandas lucidas y brillantes", consigna Laidaburu en la Historia de Guipúzcoa.

Se ve que la Provincia se preparó bien para recibir al soberano, a la que había de ser soberana de Francia y a su comitiva. Dió la Provincia lo que pudo y sólo pidió una cosa: que el rey nombrase comandante de las fuerzas guipuzcoanas al duque de Ciudad Real, ya citado en esta crónica. El rey se negó a ello y sólo accedió después de reiteradas demandas de su muy noble y muy leal Provincia.

Con excesivo acatamiento se portaron con su rey los guipuzcoanos, y hasta con excesiva esplendidez. Pero el rey supo responder cumplidamente alentando, por primera vez en la historia, el proyecto de sujimir de un plumazo los fueros vascongados. No se atrevió a cometer tal atentado, dejándolo "para mejor oportunidad". A Cánovas del Castillo debió corresponder el odioso cometido.

—"Cría cuervos y... te sacarán los ojos."

Hemos dejado en Salinas a don Felipe, a doña Ana y a la real comitiva, en la que, dicho sea de paso, venían el privado Uceda—presidiario después—y el caballero de éste, don Rodrigo Calderón, decapitado más tarde por Felipe IV.

Y allí, en la villa de Salinas, los dejamos hasta nuestra próxima crónica, en que se hablará de cómo fueron recibidos los guipuzcoanos.

E. BOZAS URRUTIA.

## "La Voz" en Madrid

### El discurso de Indalecio Prieto

Los «morenos» del Salón de Conferencias se han sentido decepcionados por Indalecio Prieto. «No ha respondido á lo que esperábamos de él», dicen. «No ha dicho nada sensacional».

En efecto, apenas si Sánchez Guerra se vió precisado en dos únicas ocasiones, á agitar la presidencial campanilla.

Las palabras del tribuno socialista fluyán correctamente, sin alusiones demasiado incisivas, sin estridores, sin truenos... Dijo lo que sabían todos, ni menos ni más. Ciertamente. Pero ¿no es éste, precisamente el mayor mérito de su discurso? En España todos estamos «al cabo de la calle» de todo. Conocemos la vacuidad de un estadista oficialmente genial; sabemos, al céntimo, cuantos miles de pesetas detentan los varones reputados de incorruptibles; nos han contado como palidecen, mudos de terror, ante el enemigo, muchos aguerridos y denodados milites; no ignoramos qué desdichado pelafustán escribió las corcheas que dieron fama y caudal á quien no debió de pasar de segundo violín.

Hay una table de antónimos que sirve á los iniciados para oponerlos á los calificativos con que públicamente se adjetiva á los prohombres españoles. Ilustre equivale á bestia; insigne á congrio; eminente á mulo...

Estamos en el secreto, siempre, siempre. Pero nos olvidamos de todo, al coger la pluma, al subir al escaño, al dar á nuestra voz resonancia pública.

¿Qué es lo que el mundo político desconoce de lo ocurrido en Melilla? El reporter más romo y el diputado más rural podrían decir quienes corrieron más desafortunadamente, quienes corrieron con más impunidad, quienes son los responsables de la catástrofe... Podrían referir punto por punto la gestación de la tragedia, intercalando detalles particularísimos é historias privadas, que solo un «Diablo Cojuelo» sería capaz de haber sorprendido. Toda la política española se desenvuelve comb en un patio de vecindad. Es una larga murmuración, y nada más. De vez en vez—como en el patio—algún lenguaraz irascible borbotaba unos cuantos improperios que obtienen una respuesta en tono análogo, y las comadres antagonistas se tiran del pelo, entre el regocijo de las restantes vecindonas.

Es de notar, sin embargo, una diferencia. En el patio suele asomar, de raro en raro, una pareja de los del orden que se lleva á la «Comi» á los tumultuarios y al acompañamiento. Y ocurre—quien lo diría!—que el juicio de faltas pone en claro el origen de la trifulca y castiga debidamente á los culpables.

En cambio, los guardias no tienen acceso al hemiciclo de ninguno de los dos cuerpos colegisladores. Y—¡claro está!—no pasa jamás cosa de provecho. Y tal impudencia produce en los procuradores del pueblo una insensibilidad elefantíaca. Sólo el denuesto airado suscita un poco de curiosidad morbosa. Por más que, como ya se ha llegado en materia de injurias á la sobrestauración, va siendo preciso crear neologismos venenosos y horripilantes para interesar al ilustre auditorio.

Y esto es lo que faltó en la catilinaria de Prieto. «No dijo nada sensacional» Vamos á cuentas, amigo. ¿No se satisfaría el más exigente con que se comprobasen las acusaciones del diputado por Bilbao? ¿Qué jacobino, que «sans-culottes» llegaría más allá que Prieto al señalar responsabilidades? Toda la génesis de la rota melillense quedó desentrañada. Aficiones imperialistas, desarrolladas á espaldas del pueblo, y á costa de su peculio y de sus hombres; cobardía cole-

Siempre Curareis las

# ALMORRANAS

con la

# POMADA ANHEMOR

Por ser incolor no Mancha.

S. LANGOSME, 71, Av. Victor-Emmanuel III, PARIS - AGENT PARA ESPAÑA: G. SALINAS, 111, Cliprix, BARCELONA